

El ERP y La Tablada: el Prode que se sacaron los militares

Por Norberto Ivancich

Revista Unidos N° 20, abril de 1989

El foquismo guerrillero quiso montar su Moncada criollo, repitiendo vicios del guerrillerismo setentista en un contexto bien distinto. Los militares encontraron el atajo justificativo del terrorismo de estado de la década pasada. La derecha política buscó amistades erróneas para conseguir más poder que el que sus votos permiten.

El radicalismo gorilizó su discurso en política interior y externa y se ratificó como único baluarte de la democracia. Algunos peronistas reavivan viejos reflejos y guiñan a las FF.AA. creyendo, con facilismo, que el MTP vino a aliviarlos de un problema.

Un análisis lúcido debe reconocer los riesgos y huir de un nuevo alternativismo.

Tenía pensado escribir para analizar el derrotero de la renovación después del 9 de julio en dos distritos típicamente distintos. Capital Federal y Provincia de Buenos Aires. Pero el 23 de enero irrumpió en la escena política el, para mí, insólito hecho en La Tablada.

Las reacciones que sacudieron tanto al gobierno como a la oposición política y a las instituciones, sugieren que el "remoto" tema de las internas peronistas del año pasado tendía a considerarse irrelevante. Pero surgió la polémica acerca de la presencia o no de las FF.AA. en los organismos de seguridad interior. A partir de la política radical de incorporar a las tres armas en el Consejo Nacional de Seguridad se perfilaron nuevamente actitudes distintas dentro del peronismo, incluso de algunos de los candidatos a diputados dentro de la provincia de Buenos Aires. En la misma lista aparecieron posiciones tan antagónicas como las de Pierri y Brunati.

Los hechos de La Tablada aparecieron, entonces, como un fenómeno de alto dramatismo pero de condición efímera, en tanto que la valorización que hicieron sus planificadores y ejecutores, en términos de su proyección sobre la escena política, no hizo más que acentuar actitudes mucho más permanentes de la sociedad. La concepción de la seguridad interior que tienen las FF.AA. aparece como inalterable pasados más de cinco años de democracia. No es casual que la respuesta más contundente surgiera de los partidos políticos que fueron, como estructura de representación, también víctimas de la dictadura militar. La concepción insurreccionalista y cortoplacista de los miembros del Movimiento Todos por la Patria implicados en el hecho, sirvió más para consolidar posiciones existentes que para que la chispa incendiara la pradera.

¿Por qué los hechos de La Tablada consolidaron posiciones ya existentes en la política argentina? Brindaron a los militares el atajo justificativo del terrorismo de Estado utilizado durante la década pasada, siendo el mejor beneficiario el generalato que podía ponerse "por encima" y convocar desde ahí a los fundamentalistas y/o nacionalistas a la unidad de la fuerza; en menor medida, estos últimos se veían beneficiados en su actitud de dureza ante el poder civil, por la política de enjuiciamiento llevada a cabo; su reivindicación gremial de preservar la integridad del Ejército ante los ataques de un sector "partidocrático" (es decir fraccionalista de la unidad

entendida como uniformidad) y laicista de la sociedad argentina, se basa en la concepción de la "subversión integral comandada por el comunismo internacional".

El generalato obliga a bajar el tono de voz a su sector contestatario demostrándole que ellos mismos se ponen a la cabeza de dicha reivindicación y que pueden alcanzarla sin necesidad de carapintadas, o en todo caso, hacer uso de las mismas como forma de señalar la necesidad de obtener resultados del poder civil ante la "presión de las bases". Esta idea consistiría en decir: "denos algo para seguir controlando nosotros la situación". ¿Una especie de vanderismo político?

La derecha política acentuó su vocación de convertirse en vocero de los militares, tratando de constituir un bloque de poder más sólido del que surge de su caudal electoral. Anudado fuertemente el nivel económico con el sector militar proclive a la "modernización" empresaria aparece un factor de presión sobre las instituciones republicanas que hacen más estrecho el margen de los partidos populares. Esto lo apreciamos en la vocación radical de estructurar más acentuadamente la teoría de los dos demonios como autojustificación de ser "lo posible", lo racional, lo democrático casi monopolícamente. El terrorismo del FRP le permite, además, rememorar la violencia setentista (como si fuera la reiteración de una película que demuestra una concepción basada en el enfrentamiento Este-Oeste), que tiene un objetivo claro: señalar al peronismo como la fuerza política más proclive a cobijar en su seno a los violentos y ultraizquierdas. Hablar de los montoneros de Villa Martelli, el ensayo previo a La Tablada (Tróccoli en enero del '89) es echar un manto de sospechas sobre el peronismo.¹

El énfasis puesto desde el mismo 23 de enero en señalar que los atacantes eran del ERP, como si en los ex-miembros de esa fuerza política no se hubieran producido diferencias, autocríticas, evoluciones distintas del pasado, pero sobre todo prácticas diferentes en el presente, revela voluntad de armar un esquemático tinglado que ofrece los fantasmas de un pasado violento e inmutable. El cómodo lugar de la "ultraizquierda" encapsula a los demonios en sectas insignificantes y los convierte en enemigos "fáciles" que traen comodidad de espíritu para todos. Es como si el fogonazo, la chispa, funcionara al revés, alimenta una consolidación del escapismo del "peligro comunista" y el "infantilismo" de la izquierda. Al esquematismo del FRP se le contesta con el esquematismo del "peligro rojo" y del internacionalismo subversivo. Tomar una posición de desconfianza sobre Nicaragua ¿no será acaso una forma de acercarse al cálido hogar norteamericano? ¿No será una forma de internacionalizar el hecho para justificar la incorporación de las FF.AA. ante una agresión externa?

Este mismo esquematismo, preñado del don de la oportunidad política, por supuesto, transita en algunos peronistas que apreciaron que se daba el momento de sacarle de encima al candidato peronista el problema militar. A través del per saltum se aquietarían las aguas militares y se destrabaría la gestión presidencial de tal obstáculo del pasado. La provocación de La Tablada ofrece el marco de "salida" política para un nuevo facilismo que reside en integrar lo inintegrable y usar el pasado como manto de olvido.

Otra vez la concepción del atajo, la oportunidad que nos ayuda. En este sentido parece más responsable plantearse la solución del problema, mediante un plebiscito tal como lo planteara el ex Ministro del Interior Esteban Righi (11 de marzo de 1989), porque en definitiva, sería una decisión de los argentinos y no una interpretación que, justamente, no se caracterizaría por el

nivel de libertad en que se daría. Además permitiría recuperar la iniciativa desde el marco de la soberanía popular, cualquiera fuera el resultado.

¿Existe el demonio subversivo?

Más allá del cono de sombra que todavía aparece alrededor de los hechos de La Tablada², el grupo político que asumió la responsabilidad de los mismos, sí existe. Pero de ahí a definir una "escalada subversiva" existe un largo trecho.

A mi entender las diferencias que se pueden medir a partir de los hechos de La Tablada y la violencia guerrillera de los '70 son varias.

En primer lugar los valores de la época. Durante la dictadura abierta en 1966 la proscripción generalizada a los partidos políticos, a las agrupaciones estudiantiles y la escalada en contra del sindicalismo combativo, sumado a la ilegitimidad de los gobiernos civiles anteriores a la Revolución Argentina (por la imposibilidad de la participación de Perón y el peronismo), constituyeron un marco referencial interno y autóctono que afianzaron el descreimiento en la democracia "restringida" de la época. Asimismo el "sujeto revolucionario" potenciaba éxitos a nivel mundial o cuestionamientos semejantes a los que se daban a nivel interno. La revolución convocaba a una práctica política integral, el sentido de la vida se alcanzaba en el "nosotros" que era una voluntad de transformación. La violencia brindaba el marco que excluía el oportunismo y purificaba la acción, pública. El sentido heroico y el idealismo altruista afianzaban un corrimiento hacia la izquierda de casi todo el espectro político. La violencia era vista con simpatía y era el eje de la discusión, ya que aunque se la cuestionara, era el marco referencial de la "cultura de izquierda" setentista. Es clara la diferencia. Los modelos y experiencias externas apuntalaban la idea del foquismo y la "guerra popular prolongada" donde las acciones se planificaban para demostrar la capacidad de golpear al "enemigo" y simultáneamente de no ser destruido. El efecto buscado era el de que "se podía"; que "ellos" no eran tan poderosos y se los podría destruir desde un prolongado desgaste. La idea de "alcanzar" el poder implicaba la remoción de los poderes constituidos y la creación de nuevas instituciones. Las rigurosas medidas de seguridad, la organización celular, la medición absoluta de los riesgos de "propaganda armada" para preservar la "organización" no tienen nada que ver con el fuerte sesgo insurreccionalista (jugar todo en un hecho para romper el equilibrio del bloque de poder hegemónico) de los protagonistas de La Tablada.

Este juego de "todo o nada" se inscribe curiosamente dentro de los valores de época actuales. Ante los fracasos electorales y de inserción municipal del MTP, tomaron un atajo: el hecho espectacular y dramático realizado por pocos pero que los diferenciaba del resto de la "clase política"³. Esta "elite del no poder" subrayó más la diferenciación con el resto de la estructura política argentina y asumió un sectarismo esencial que no le es privativo sino que se extiende, en grupúsculos intrascendentes de las distintas fuerzas políticas. Este sectarismo reside en la supuesta superioridad de análisis y comprensión del sistema político y sus condicionamientos actuales. El ponerse "por arriba" de los que tienen votos y señalar sus claudicaciones evidentes al no "pensar" una forma de construcción de un nuevo poder los convierte en dueños del camino a emprender para la resolución de los más complejos problemas nacionales.

La consigna Ni militares asesinos ni políticos corruptos pretendía ser la diáfana explicación

simbólica de la situación argentina. Era, en síntesis, ¡la misma consigna de los setenta! Ni golpe ni elección; Revolución. Es obvio que cualquier observador desapasionado no ve estas elecciones presidenciales como una convocatoria hueca o que genera indiferencia en el electorado. Habrá mayor o menor pesimismo hacia los candidatos pero no indiferencia. Además el nivel de participación electoral desde 1983 se mantiene siempre en el mismo porcentaje, no generándose un incremento de la apatía, por lo menos en ese nivel de participación. Es decir que las elecciones siguen siendo, devaluadas o no, el ámbito donde se definen las políticas hacia el conjunto de la sociedad.

Si el hecho grandilocuente, el Moncada argentino que quisieron forjar como hito previo a "La Historia me absolverá", significó una modificación del foquismo setentista, el descuelgue con respecto al sentir popular y la política de provocación, que se encargó, cuidadosamente, de dejar de evaluar la incidencia en escena política de tal hecho, lo aproxima al sectarismo del 73, fundamentalmente cuando este tomó como enemigo a Perón después de haber superado el 61% de los votos positivos en setiembre de ese año.

Izquierda crispada o izquierda senil

Es esa izquierda que pone su verdad como cristal a partir del cual se evalúa la realidad, y lo peor, después realiza acciones coherentes con dicho cristal. El carácter de poseer la verdad le da fuerza ideológica (en el sentido de falsa conciencia) para convertirse en intransigente e intolerante (crispada me parece más atinado porque expresa el carácter realmente irracional, arbitrario y preconcebido de la misma). Esto no significa acceder a la realidad como hoja en blanco, sino ser capaz de modificar planteos que se convierten en anacrónicos o rituales.

Esta izquierda senil (por vieja y gagá) se expresó brutalmente el 23 de enero, pero existía una clara distinción entre su discurso político previo y la acción emprendida, entre la reivindicación de la democracia y el putsch blanquista concretado. ¿Cuál fue el atajo o el puente que unía ambas orillas del abismo? La tan mentada separación del espacio político y social.

En este aspecto se pueden dar interpretaciones diferenciadas y antitéticas. Es indiscutible la distancia que se establece entre los intereses de los políticos y los sectores cada vez más marginales de la sociedad, pero se hace difícil deducir de ello que esas prácticas son totalmente paralelas y antagónicas o que se tiene que dar opciones de crecimiento organizativo alternativas.

Por ejemplo, el ERP utilizó el alternativismo más a mano (por experiencia histórica) aggiornado en su faz insurreccional. La respuesta fue peligrosamente fácil: la síntesis entre las dos esferas eran ellos mismos. Los otros no interesaban (no los asesinos y corruptos sino simplemente todos nosotros), ya que terminarían siendo obligados o conducidos por la eficacia del planteo. El requisito para tal éxito residía, nada menos, en que el hartazgo popular visualizara el nuevo camino emprendido por la vieja vanguardia, esta vez mucho más perdida "en el espacio de la lucha de clases". Cualquiera sin anteojeras hubiera previsto el resultado provocativo de la acción, pero existió una convicción irracional de convertirse en las "gotas de agua que horadan la piedra". El camino emprendido consiste en que la repetición, con dichos y hechos de su verdad termina por imponerse a las fuerzas de la reacción. Sabemos qué difícil es para esta concepción religiosa de la sociedad comprender los cambios reales que se dan en ella.

Ahora bien, esta justificación teleológica e ideologista está más extendida y prefigura un nuevo alternativismo. Convertir la disociación entre lo social y lo político como única fuerza explicativa (es decir ideológica) es reducir la capacidad de transformación y se convierte en un mecanismo de engeguamiento político; acentúa el aislamiento y establece una mística de la diferenciación y el sectarismo, cuyo germen más nocivo reside en la vieja figura de agudizar las contradicciones o establecer el "cuanto peor, mejor" desviación sectaria del setenta que se hace necesario recordar siempre.

Partir del diagnóstico de dicha disociación significaría desde otro punto de vista, establecer nuevas tareas, conductas, objetivos institucionales de la "clase política", es decir una adecuación a los tiempos, recuperando una ética de las realizaciones y, al mismo tiempo de transgresiones; para ello se hace necesario comprender la complejidad de los nudos establecidos entre las dos esferas y la importancia que tiene un sistema político democrático para afianzar el cambio social.

El alternativismo definido como única identidad, es decir exasperándola, crispándola, tiene más posibilidad de constituir una nueva iglesia, que como los PC cubano y nicaragüense, vean pasar a los movimientos triunfantes mientras pretendían ser la rigurosidad científica para la captación de las masas.

Volviendo al ejemplo del agua, mejor que ser una gota (es muy aburrido en los primeros momentos) es preferible saber comprender cuándo llega el tiempo de la correntada.

Notas:

(1) Claro que el "El Ciudadano" fue ayudado enormemente por Pablito Unamuno, autor de una de las más desopilantes historias de esa caricatura grotesca que es el Peronismo Revolucionario.

(2) Ver los interrogantes de "El Porteño", "El Nuevo Periodista" y "Página 12", fuentes más importantes para la confección de cuestionamientos que el material utilizado por el compañero César Arias para su denuncia judicial.

(3) Esto de ser pocos se repitió en el seno del MTP, ya que muchos de sus militantes fueron sorprendidos por el hecho. Proceso semejante impulsó Montoneros en setiembre de 1974 en su pase a la clandestinidad... pero sin avisar a sus propios militantes.